

Las expresiones de fe del pueblo de Dios a lo largo de la historia

ENCARNACIÓN PÉREZ LANDÁBURU

Los temas 5, 6 y 7 que aparecen para el 2.º Curso de Bachillerato en el desarrollo de las Bases de Programación 1983 nos hablan precisamente de este tema: Las expresiones de la fe.

En las anotaciones preliminares de las Bases de Programación se da por hecho que el alumno tiene ya un cierto conocimiento acerca de la Iglesia desde el punto de vista dogmático. También parece que le es familiar la noción de Iglesia como lugar donde nace y vive la Palabra de Dios. Por otro lado, el alumno ya ha estudiado, sistemática y orgánicamente, los Sacramentos de la Iglesia y el dinamismo de la vida de fe dentro de ella.

En estos temas no se pretende un estudio sistemático sobre la Iglesia, sino una profundización de la misma. Habría que relacionar, por tanto, los conocimientos de la Iglesia con el conocimiento de las demás disciplinas y el descubrimiento progresivo que el alumno va haciendo de las exigencias de toda la comunidad humana.

Se trataría, pues:

De destacar la importancia que tiene en la Iglesia las expresiones de fe dentro de su Tradición viva, es decir:

I. Formulaciones de fe (servicio a la Palabra).

II. Celebraciones de fe (ministerio litúrgico).

III. Traducción de la fe en la vida (ministerio pastoral-testimonio).

El educador deberá trabajar para descubrir los siguientes objetivos:

a) Adquirir el concepto de Tradición dentro del Cristianismo. Distinguiendo la dimensión social y teológica de la Tradición.

Distinguir entre Tradición, Escritura, Magisterio, viendo sus relaciones.

Lograr un concepto claro sobre el término «Revelación» cristiana.

Descubrir posibilidades de las distintas opciones teológicas, filosóficas, sociales... dentro de la unidad de la fe.

Descubrir la evolución progresiva de las expresiones dogmáticas dentro de la unidad y coherencia de la fe.

b) Descubrir el sentido de los símbolos y las fiestas.

Valorar los sacramentos como signos de la acción salvadora de Cristo, fundamentalmente el Bautismo y la Confirmación.

Adquirir un concepto claro de símbolo, rito, liturgia, sacramento...

c) Analizar, descubrir y comprobar el significado del «seguimiento de Cristo».

Adquirir un concepto claro de la actitud de fe.

Descubrir la fe, la esperanza y la caridad como dones de Dios con consecuencias de alegría y felicidad para el creyente.

Esta amplia panorámica ofrecida por las Bases de Programación merece un comentario y al mismo tiempo intenta ofrecer algunas pistas o sugerencias que hagan más fácil para el educador la concreción de la fe en la vida de los alumnos de 2.º de BUP.

De qué fe hablamos

Como educadores cristianos, sabemos que la fe afecta a los interrogantes más decisivos de la vida, a las claves de lectura de la historia. Por eso, el «hecho religioso» necesita ser presentado como portador de respuestas sobre el significado de la situación histórica del hombre como criterio de valor para la vida personal y social.

El educador de la fe tiene que llevar una aportación muy concreta para que el alumno decida en su conciencia las opciones vitales de la fe, evitando la indiferencia o la propia infantilidad en este campo que nos ocupa.

Se nos impone un conocimiento de la realidad del alumno. Muchos de ellos, en situación de búsqueda, enfrentan dudas religiosas contrastadas con la realidad social e histórica en la que viven inmersos.

Al presentar las expresiones de la fe se debe posibilitar el acceso a las posibles respuestas que la Iglesia, como pueblo de creyentes, intenta dar a la situación histórica y difícil en la que vive. Incluso en el alumno no creyente, pero que no rechaza la educación o la iniciación a la fe, esta presentación debería ayudarle a la confrontación de su propia existencia y, eventualmente, reconsiderarla a la luz de estas «expresiones de la fe».

Una información elaborada y sistematizada sobre el «Fenómeno religioso expresado en los espacios eclesiales» deberá llevar al discernimiento y a lo comprensión con vistas a hacer las propias opciones en el campo de lo religioso.

Como punto de partida, se nos impone a nosotros mismos, como educadores, una revisión seria de nuestra fe, debidamente informada y profundizada (no superficial, infantil o irracional), que sepa dar «razones», que no ignore sus fundamentos, sus implicaciones y tradiciones. Ya no podemos refugiarnos en «la fe del carbonero» delegando a otros aquello que nosotros mismos decimos creer. Por eso necesitamos de una fe diferenciada capaz de discernir, no monolítica ni integrista. El educador tiene que capacitarse para percibir lo esencial de lo secundario, lo absoluto de lo relativo. En una palabra: saber unir la jerarquía de verdades al valor del discernimiento que le permita armónicamente articular lo religioso, con la posibilidad de cambios y adaptaciones, sin peligro de desconciertos. Como resultado tendremos una fe capaz de evitar la rigidez del monolitismo religioso, que, bajo apariencias de fidelidad, esconde intolerancias, inmovilismo e integrismo.

Posibles peligros

Las Bases de Programación tienen que alertarnos ante el peligro de la *reducción*. Las expresiones de la fe no pueden *reducirse* a un aprendizaje de verdades. Esto desfiguraría el rostro del mensaje cristiano, consiguiendo apenas un conjunto de formulaciones religiosas, paradójicamente extensas, amplias, completas, como aparecen en las Bases.

Con esto no queremos decir que habrá que empobrecer el contenido cultural, infravalorar el papel insustituible del conocimiento. Pero no viene mal una llamada de atención para hacer ver que lo esencial es integrar el desarrollo cognoscitivo en el dinamismo vital de la fe, de modo que las expresiones de la fe surgen desde las mismas actitudes de la fe como respuesta a los interrogantes reales que la Iglesia a lo largo de los siglos fue encontrando en su andadura histórica.

Otro peligro que aparece también es el de la *extensión*:

El educador de la fe tiene que tener muy claro que el conocimiento de la fe no es un fin en sí mismo. Tiene que avanzar para poder llegar a explicitarse en un ámbito de motivaciones. Por eso es mucho más importante entender las «expresiones de la fe» en sentido intensivo y no extensivo. Si no llevamos cuidado corremos el peligro de encerrarnos en el campo de los conceptos y de las ideas. El modo intensivo de transmitir las «expresiones de la fe» (Sagrada Escritura, Tradición eclesial, Liturgia, Testimonio...) es distinto del modo extensivo que pretende transmitir *todo* el mensaje de la Revelación en toda su integridad, es decir, lo que desde el origen definieron los Concilios Ecuménicos y el Magisterio de la Iglesia sobre fe y costumbres. ¿No será este trabajo una tarea de teólogos?

Al menos parece ser una de las proposiciones recogidas en el núm. 10 del Sínodo del 77.

La fe - Adhesión vital

Así, la fe no la podemos reducir a la transmisión de un saber. Ni siquiera a una adhesión a través de unas fórmulas, aunque este trabajo se haga en el ámbito escolar.

La Revelación —sea cual fuere el ámbito donde se quiere presentar— no puede dejar de ser una oferta de Dios que en Jesús, Palabra hecha carne, se comunica al hombre en un «cara a cara» decisivo (D.V. cap. I).

Las expresiones de la fe no se limitan a «verdades» o «fórmulas». La fe es fundamentalmente adhesión vital a Dios, que nos salva en Jesús. Adhesión que exige, evidentemente, una reflexión para conocer por quién optamos. La fe que queremos dar a conocer como expresión de un pueblo creyente tendrá necesariamente que nacer de un largo proceso donde armónicamente aparezcan las tres dimensiones de lo cognoscitivo, afectivo y comportamental en un dinamismo progresivo y en continua interacción de los elementos eclesiales con la realidad vivida de la fe. Es decir, profundizar los conocimientos y convicciones de fe, de modo que se garantice la actitud de fe y se tenga en cuenta la jerarquía de la Revelación.

La formulación de la fe exige el conocimiento de los documentos (Memoria escrita, Sagrada Escritura y Tradición), pero también exige un conocimiento de la vida de la comunidad eclesial (Memoria actual y consciente de la Iglesia de hoy).

I. AL SERVICIO DE LA PALABRA, LA FORMACION DE LA FE

1. La Escritura

El educador, al tratar el tema de la Sagrada Escritura, tiene que dejar claro cómo Dios ha hablado a través de los hombres. Por tanto, esta Palabra necesariamente ha tenido que pasar por las leyes de interpretación del lenguaje humano.

Así, Dios no garantiza el relato histórico, sino su «significado», es decir, las expresiones religiosas de aquel pueblo y la fe de los apóstoles, sean los que fueren los detalles a través de los cuales se pueda expresar.

La Sagrada Escritura expresa la «lectura» que un pueblo supo hacer de la acción de Dios en la historia. Por eso ella es parte integrante de la formación de la fe, porque ella es expresión de la apertura del hombre y de la autodeterminación de Dios de un modo concreto y a través de unos acontecimientos determinados.

La Biblia tiene que aparecer para el alumno como la «memoria» del pueblo de Dios. En ella han quedado grabados las experiencias y acontecimientos a través de los cuales el pueblo descubrió un significado salvador.

2. La Tradición

No la podemos únicamente ver en la línea del Vaticano I: «La Tradición es el Magisterio.»

Las Bases de Programación piden que se haga la distinción. Y esto porque ya el Vaticano II habla de la Tradición como «la vida de la comunidad eclesial», la continuidad viviente en la Iglesia, de todo aquello que creyeron, enseñaron y vivieron los apóstoles: «Lo que los apóstoles transmitieron comprende todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente del pueblo de Dios; así, la Iglesia, con su enseñanza, su vida y su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree» (DV 8).

Se hace necesario ofrecer una *visión pluralista* de la Tradición, por otro lado, mucho más comprensible para los alumnos de BUP. Ya desde el AT encontramos diversas maneras de comprender y expresar la fe en el pueblo de Israel: desde la «Tradición mosaica», recogida en el Pentateuco, hasta la «Tradición profética» de los libros históricos. En el NT esta pluralidad aparece aún con más fuerza en los evangelios, hechos y cartas de los apóstoles.

También hay que ofrecer una *dimensión viva* de la Tradición, tan viva como para ser capaz, a lo largo de los siglos, de expresar, de formas diversas la santidad de los creyentes como *signo experienciado* de la Palabra. Expresar

su liturgia como *signo celebrado* de la Palabra. Y expresar el Mensaje como *signo formulado* de la Palabra.

La Tradición no es una simple historia de la Iglesia, como muchas veces se ha pensado y estudiado, sino la «comunidad viva de fe» dentro de unos determinados espacios históricos.

3. El Magisterio

Lógicamente hay que situarle en el mismo centro de la Tradición, como garantía de interpretación siempre al día de la Palabra.

Partimos de la base de que es el pueblo de Dios el auténtico depositario de la fe. En el corazón del pueblo encontramos un principio de seguridad aglutinante, es decir, el Magisterio, en él se manifiesta el consenso de la comunidad eclesial.

A pesar de las dificultades que podamos tener para ello, el Magisterio tiene que ser presentado como «garantía de comunión», servicio al pueblo de Dios, ministerio de autenticidad. Pero nunca se podrá separar la jerarquía de la comunidad eclesial que vive, ora, celebra y testimonia toda la realidad de la fe.

4. El Dogma

Los espacios eclesiales recogen ampliamente las expresiones de fe del pueblo de Dios no como «verdades» que deben saberse, sino como «memoria» de un acontecimiento: el hecho salvador de Jesús de Nazaret. Esta concepción de la Tradición no es fundamentalmente nocional o estática, sino vital y dinámica.

Dios no es como un «objeto» que se puede separar de la acción creyente. No se niega que la Revelación tiene que tener un contenido, pero no se agota en él. Aquí es donde se juega la tensión dialéctica del saber y del creer.

Por eso se hace necesaria una comprensión exacta y al mismo tiempo matizada sobre el dogma para que el alumno pueda verlo como un bien en la Iglesia, pero al mismo tiempo como un riesgo. El dogma nunca agota las posibilidades de la Revelación. Si por un lado la fe tiene un contenido, por otro Dios no es «objeto» de este contenido, sino apenas un aspecto objetivo de la fe.

5. La Revelación

Todas las expresiones formuladas de la fe: la Escritura, la Tradición, el Magisterio y el dogma tienen como fuente inspiradora la Revelación. Dios se revela al hombre. Pero se revela en una historia; por tanto, es una revelación

a nivel de hechos y no sólo a nivel de ideas. Dios se manifiesta en ella. Es en la historia que le podemos encontrar.

La Escritura y la Tradición son las dos fuentes de nuestro conocimiento de esta «Autocomunicación de Dios», el doble canal por el que comunica la Revelación hecha a los apóstoles:

- La Biblia es, pues, una comunicación «parcial» de la Revelación.
- La Tradición no es una fuente de la Revelación formalmente distinta de la Escritura, como nos lo recuerda la DV 9.

Una y otra expresan la misma fuente, es decir, el mensaje de los apóstoles.

La fuente de la Revelación es, pues, la Palabra de Dios. La Tradición es el «lugar» de esta Palabra, la manera «cómo» la Iglesia lee y comprende la Escritura. Ella recoge e interpreta la Escritura; ¡es inclusive ella misma quien la escribe!

La Tradición viene a ser el espacio vivo y dinámico donde permanece la Palabra; allí se la encuentra vitalmente. El lugar donde existe la Palabra antes, durante y después de las narraciones bíblicas.

La Escritura no puede, por otro lado, dar testimonio de la Palabra nada más que bajo la plataforma de la Tradición. Es por eso que la formulación de la fe no puede contenerse en un «libro».

Pautas para una reflexión

Todo educador es consciente de las grandes dificultades encontradas al querer expresar la fe en lenguaje humano.

- Las *fórmulas dogmáticas* intentarían asegurar esta función. Pero ellas no son la fe, sí su expresión necesaria.
- La función específica del *Magisterio* intentaría presentar la fe como un don vivo, dinámico, que crece siempre y al que hay que garantizar su crecimiento y su marcha hacia adelante. El Magisterio tiene que permitir el crecimiento y la madurez de la fe y no sólo su conservación.

Las expresiones que formulan la fe nos hablan de su «contenido», porque no se puede creer sin saber, no se puede optar sin conocer, no se puede responder sin oír.

No hay transmisión de la fe sin enseñanza, pero sin olvidar que la fe es ante todo «don de Dios» hecho a su Iglesia, fe que tiene que vivirse como proceso,

y por eso mismo no se puede únicamente enseñar o, si queremos, tiene que ser una «enseñanza única, original y específica, como es el propio contenido que quiere transmitir: una Revelación con una fuerte carga de comunión y de respuesta».

A la hora de encontrar cómo formular la fe hay que tener claro que la Revelación tiene un mensaje religioso que la inteligencia humana puede conocer, pero que esto no es la fe. Para poder llegar a formularla es necesario que se haya dado un encuentro y un reconocimiento de Dios en Jesús como revelador del mismo Dios, una comunión con esta revelación y una respuesta vital a su proyecto.

Así, formular la fe no es exponer una serie de verdades reveladas dirigidas a la inteligencia humana. ¡Hay algo más que hacer! Sin abandonar el mundo de las ideas, se hace necesario entrar en el mundo de las personas y de las relaciones interpersonales, porque la fe que quiere ser formulada requiere la existencia de un saber y la adhesión de un querer.

Por eso es verdad que no hay fe sin contenido, pero este contenido es una Revelación que la hace impresentable cuando ella es únicamente fruto de un acto razonable de la inteligencia. La fe tiene que expresarse siempre en un lenguaje comprensible, accesible a aquel que lo va a recibir. Inclusive el propio contenido de la fe no es nada abstracto, sino una fuente de vida, y esto porque Dios nunca «escribe»; él «habla» una palabra eminentemente personal.

— La *Tradición* viva no se limitará a la enseñanza del Magisterio (una de las formas de expresión de la Tradición). Como comunidad histórica, toca a ella orar y celebrar su fe en la liturgia, vivirla en la historia, formularla a través de los tiempos. Sólo así encontraremos toda la riqueza de la Tradición.

La Escritura y la Tradición son los dos momentos de la Revelación de Dios: el misterio de Dios revelado y percibido, porque ha sido contemplado en una escucha atenta en comunión viva.

Sólo de esta manera evitaremos el peligro de presentar las formulaciones de la fe como la historia desarrollada de unos contenidos, de unos ritos y unas fórmulas. Se podría inclusive llegar a captar algo, pero nunca llegar a encontrar a Alguien; llegaríamos a un conocimiento, nunca a la fe.

Vislumbrar la fe, aunque necesariamente tenga que pasar por el mundo de las ideas, no puede quedarse en fórmulas y conceptos, tiene que llevar a hechos, a las personas...

La fe hay que presentarla expresada en un contenido definido por el Magisterio que avale su autenticidad, ¡es su expresión doctrinal! Y ningún proceso de la fe puede hacerse sin referencia a esta «memoria» histórica de la Iglesia que define el saber cristiano.

Pero sin olvidar el carácter específico de la Revelación como el «PASO DE DIOS» por la historia. Paso que ha dejado unas huellas. Se trata de buscarlas, de encontrar algunas, leerlas e interpretarlas. Toda huella es un «signo» que parte de lo que ve, pero que nos lleva a vislumbrar otra realidad más plena, hasta el reconocimiento de esta «huella».

La fe exige, pues, un estudio histórico, científico y racional porque ella también es un saber histórico: conocimiento de los hechos. Pero es también lectura interpretativa de los mismos y reconocimiento de un Dios que se revela. Por eso queremos integrar el saber y superarlo.

II. EL MINISTERIO LITURGICO: LAS EXPRESIONES CELEBRATIVAS DE LA FE

La realidad de la mayoría de nuestros alumnos nos hace percibir el escaso conocimiento que tienen del espíritu de la celebración y la ausencia que existe de diálogo con las ciencias humanas de la comunicación y del lenguaje, instrumento necesario para el dinamismo expresivo del símbolo.

¿En qué medida los símbolos y ritos, los gestos tradicionales que usamos en nuestras liturgias son comprensibles y accesibles al joven de hoy? Necesitan, en el mejor de los casos, largas explicaciones para entenderlos o al menos evitar los malentendidos.

Se impone una amplia reflexión sobre las expresiones celebrativas de la fe, buscar lo nuclear de las mismas, purificarlas de todas las adherencias que ya no sirven y devolverles su frescor original.

La liturgia es la experiencia personal y comunitaria de la fe. Los actos sacramentales deben tener forma viva para que el joven lo perciba como expresión de la fe de un pueblo creyente. Es decir: signo de alabanza o conversión, memorial o acción de gracias, expresión de esperanza y compromiso.

Las expresiones celebradas de la fe necesitan de una liturgia vital cercana a la realidad comunitaria. Y el educador debe posibilitar no sólo la formulación de la fe, sino también su expresión mediante formas litúrgicas adecuadas. Por eso, frente al férreo imperio de lo racional, de la rentabilidad de la eficacia, de lo palpable y concreto, la presentación de las expresiones de la fe exige la creación de espacios para lo espontáneo, lo libre, lo lúdico y para el sentimiento y la vida. No se puede informar sobre expresiones de fe sin llevarlas a la práctica.

Una propuesta para la presentación de las expresiones celebradas de la fe

1. *Punto de partida*

Es necesario:

- Un basto proceso de purificación de los ritos, lenguaje, gestos, ambientes litúrgicos en los que el joven se mueve en su experiencia religiosa.
- Una valoración de los elementos fundamentales que constituyen la celebración, como pueden ser: la asamblea, la acogida, la fraternidad y comunión, la expresión creativa.
- Considerar el nivel celebrativo de la liturgia en cuanto acción simbólica con exigencias de iniciación a los diversos símbolos y formas expresivas del conjunto de la acción cultural.
- Iniciar al nivel misterico en cuanto acción significativa y memorial de la propia historia de la salvación, estimulando e ilustrando las experiencias bíblicas y eclesiales significadas por los ritos litúrgicos.
- Potenciar el nivel vivencial de la liturgia en cuanto celebración de la vida en el Espíritu, porque educar la fe es educar convicciones y actitudes que puedan sustentar la vida.

2. *Elementos a considerar en las expresiones celebradas de la fe*

- a) *El espacio de la expresión: la fiesta.*—El pueblo de Dios no pudo ni puede vivir su fe nada más que transmitiéndola por la Palabra y por la Vida. Como el amor, la fe tiene que compartirse, no puede guardarse, enclausrarse. Sólo se profundiza expresándola y comunicándola.

La fe es vida, y la vida pide expresión, por eso tiene que brotar como una fiesta.

Toda fiesta cristiana es «memoria» e incluye una conmemoración.

Las expresiones de la fe tienen que ser presentadas eminentemente como fiestas, es decir, como afirmación de la vida, en contraste con el ritmo monótono de todos los días.

Fiesta que es un «sí» a la vida. Por eso, celebrar en cristiano supone que para nosotros la vida tiene un sentido. Si ella es mera frustración, no es posible celebrar.

Hacer fiesta es fundamentalmente expresar la vida, decir que el hombre ha nacido para vivir, afirmarlo contra la evidencia de las dificultades, las sombras y la misma muerte; en una palabra: expresión de rebelión ante todo lo decadente.

Podemos decir que la fiesta, para celebrar la fe, es la que nos hace ver una fe no sostenida por datos razonados, sino por la fuerza gratuita de la vida. Como ya hemos dicho a lo largo de esta reflexión, la fe cristiana no se expresa solamente en fórmulas ni términos doctrinales-teológicos. Es la expresión del «Amén» cristiano a todas las promesas de Dios.

Como toda fiesta, la celebración cristiana tiene que ser vista con referencias al pasado, aunque con los jóvenes haya mucho que matizar. Descubriendo el pasado en lo que tiene de añorado y querido y no como obstáculo para vivir el presente.

La memoria de la comunidad creyente es la que merece una fiesta, para celebrar lo bueno del pasado, seleccionado como savia que circula hoy por nuestras venas y que se hace actual, vigente, como acto salvador de Dios hoy, en nuestra historia. Pero es una liberación que es fruto de lo que sucedió una vez de manera inédita y total. Por otro lado, es fiesta no orientada al pasado, pero lo incluye en el presente, y al mismo tiempo expresa el deseo de futuro de un mundo más humano hacia el que todos aspiramos. Así la celebración siempre tiene el aspecto de tensión entre el «ya», pero «todavía no».

- b) *Los elementos de la expresión: El signo.*—Pretendemos purificar los elementos que expresan la fe, de toda la carga negativa, acumulada a lo largo del tiempo, que hace incomprendible el mensaje que quiere transmitir el signo. Hay que presentarlo como algo sencillo: una palabra, una acción o actitud vital, un gesto que nos sorprende pero que al mismo tiempo es comprensible e interpelante.

El signo está dotado de una profunda significación, fundamentalmente él es comunicación y relación. No necesita de interpretación, su presencia hace intuir aquello que quiere comunicar.

Toda la historia de la Salvación ha sido una historia de los «signos» de Dios. Desde el Signo, Dios interpela, invita, actúa. Por eso la oferta de la fe es una invitación a contemplar los «signos de Dios». Y no habrá encuentro que no pase por alguno de esos signos; a través de ellos Dios se acerca y se hace comprensible.

El signo es, pues, el camino de la Revelación, el desvelamiento de lo invisible, la contemplación reveladora de Dios. Este es el objeto de «signo» ,conducir más allá de lo visible.

La fe de un pueblo es, expresada en signos: el signo de la Alianza entre los hombres y Dios. Del mismo modo los sacramentos tendrán que ser presentados sustancialmente dentro de la realidad del signo.

El símbolo

Expresa aquello que hay en el hombre de más profundo e inexpresable. Por eso, lo necesita vitalmente el «Hecho Religioso». Sobre todo cuando habla desde lo más misterioso del hombre, orientándolo hacia el infinito misterio de Dios. El símbolo busca expresar la totalidad del hombre: cuerpo e interioridad. Pero él no nace del individuo, ni siquiera se dirige a él. Siempre brota de actitudes y sentimientos colectivos; ellos expresan, en un símbolo común adoptado por todos, alguna realidad vivida por un grupo determinado.

El rito

Es la consecuencia del símbolo. Es decir, la aceptación común del símbolo que requiere ser practicado a través de unas reglas de juego, aunque deba hacerse con libertad y espontaneidad, adaptándose según las culturas. Por eso, el rito tiene que buscar siempre el equilibrio armónico entre las líneas fundamentales recogidas de la Tradición comunitaria, y, al mismo tiempo, permitir la comprensión del mismo a través de una serena contemplación.

El símbolo expresado en el rito, envía siempre de nuevo a la vida, a continuar lo que se ha vivido en la fiesta simbólica. Es en la vida que encuentra sus raíces, y es a la vida que vuelve, aportando su fuerza y vigor.

Los Sacramentos

Jesús es el símbolo del Padre. No podemos esperar una presencia más clara, transparente y definitiva.

La Iglesia, a su vez, no es un nuevo signo de la presencia cercana y salvadora de Dios, es más bien su continuación por el Espíritu, es la permanencia misteriosa de este sacramento de Cristo.

Los Sacramentos son, pues, las expresiones simbólicas de la Iglesia. Toda la Iglesia es sacramento, es decir: traducción de la vida de Jesús en el mundo.

La liturgia trata por eso de celebrar la vida, no una vida cualquiera ni teórica, sino la vida que, como cristianos, vivimos en todo su realismo. La vida, pues, es la materia de nuestro rito y de nuestros símbolos.

Los Sacramentos, en esta temática que nos ocupa: son las expresiones celebradas de la fe, que aparecen como «signos» de alianza de la vida y del amor de Dios con su pueblo. Y no se pueden celebrar, ni significar, si no han sido vividos en el día a día de la vida. Presupuesto esto, queda claro que los Sacramentos son para la vida momentos breves de ella, pero tremendamente significantes. Momentos celebrativos de la vida cristiana, que necesitan ser

expresados a través de elementos que lo simbolicen. Así lo hicieron las primeras comunidades al usar los símbolos profundos del hombre como el banquete o la comida, el baño ritual de purificación, etc.

Otro aspecto fundamental del Sacramento es su acento comunitario. Todos ellos expresan la fe de un pueblo en un Dios revelado. Todos viven los mismos sentimientos de gozo o dolor, esperanza o comunión. Todos ellos traspasan las fronteras de la carne y de la sangre, queriendo expresar la universalidad y la unidad con todos los hombres.

A su vez, los sacramentos son eminentemente exigentes:

- la comunidad convocada ha profundizado y enriquecido las actitudes de un seguidor de Jesús, miembro de una comunidad que se expresa al mundo como signo de salvación, es decir, servicio humilde y sencillo, signo de fraternidad para crear comunidad entre los hombres.

Al acabar la fiesta simbólica, es en la vida que habrá que expresar las actitudes sacramentales. No hay cortes entre liturgia y vida, el sacramento se expresa antes y después de la vida, por eso hay que aprender a vivir la vida como sacramento, ¿no fue precisamente esto lo que no comprendió el sacerdote que iba al templo y se encontró con un hombre maltratado y pasó de largo porque no supo ver la liturgia en este camino que llevaba a Jericó?

La liturgia

Es siempre una palabra de fe de la Iglesia que se hace significativa cuando se celebra y se vive en la fe.

Todos los ritos litúrgicos no son «cosas», sino acciones, encuentro y diálogo. Por eso se exige el esfuerzo de superar toda visión mecánica de la celebración y situar la celebración litúrgica en el conjunto de la acción eclesial.

La celebración litúrgica expresa, a través de sus signos, símbolos y ritos, y dentro de un determinado espacio festivo, la realidad creyente del Pueblo de Dios, lo que la Tradición viva de la Iglesia ha ido transmitiendo, pero también, aquello que en el momento actual intuye, vislumbra, busca..., pero todavía no posee. Es un espacio distinto, de fantasía y deseo, en ese proyecto que el pueblo de Dios le gustaría realizar, pero que aún pertenece a la utopía del Reino.

Liturgia es la expresión de la fe celebrada. Propone un ideal que no es la simple conclusión lógica de la razón, sino la convicción profunda de que la Vida puede más que la muerte, de que el hombre, según el proyecto de Dios, es capaz de realizar un mundo fraterno y festivo, donde todos sean hermanos. La liturgia posee una fuerte carga histórica que pertenece al terreno de la esperanza.

Una presentación de las expresiones de fe de la Iglesia, que sepa ahondar estos aspectos, puede llegar a tener eco en el corazón del joven, y esto porque:

- Conocer la fe es conocerla con todas las facultades. Ella no es sólo descripción, fundamentalmente ella es percepción. Para conocerla se requiere una apertura contraria a la indiferencia y a la despersonalización.
- Expresar la fe, es explicitarla también como momento transparente de la vida, en el que queda patente el mundo interior, es decir, la de que vivencia la comunidad eclesial. No podemos separar a Dios de la vida para encontrarlo en el recinto sagrado, esta sería una liturgia pagana. La fe se profundiza en la experiencia diaria, en ella se ejerce de cristiano, esta es la condición necesaria e indispensable para poder expresarla en el ámbito de la celebración.
- Reconocer el proyecto de Dios a través de la fe pasa por el mundo de los «signos». Pero no podemos absolutizar estas «expresiones» a una Liturgia-Sacramental, aislándola de su formulación y de su vivencia. El reconocimiento de Dios, no lo olvidemos, el encuentro con él acontece fundamentalmente en la vida y en el encuentro con los hermanos. La celebración litúrgica no produce automáticamente la comprensión y aceptación del mensaje evangélico. La realidad nos muestra que muchos de nuestros alumnos, han llegado a rechazar la fe por esta centralización en la liturgia. En muchos casos, la Primera Comunión y la Misa dominguera son sus únicas experiencias en el campo de la fe.

La fe para que llegue a ser experiencia significativa de la existencia necesita un espacio comunitario capaz de comunicar el Mensaje Revelado.

La fiesta y la celebración, son los espacios privilegiados de expresar la fe, no hay maduración de la fe, sin celebración de la fe. Pero hay que evitar encerrar la fe dentro de los límites de culto. La presentación de las acciones simbólicas, tiene que ir acompañada de toda la praxis de la vida cristiana.

El educador, o mejor, la comunidad cristiana, tiene la tarea de:

- Buscar en los ritos litúrgicos y sacramentales lo que de más auténtico tienen, como las expresiones de la fe del pueblo cristiano.
- Integrar la fe, expresada en la liturgia, en la fe experimentada en la vida.
- Buscar un lenguaje expresivo de comunicación, significativo para el alumno, capaz de transmitir los reales contenidos de la experiencia de la fe de la Iglesia, pero con significación para el hombre de hoy.

- Esforzarse en una tarea de inculturación y expresión, para que la realidad de la fe tenga transparencia significativa para el creyente, y éste, a su vez, pueda decir su palabra, palabra manifiesta de la realidad de su fe.

III. LA TRADUCCION DE LA FE EN LA VIDA

Creer no es solamente formular la fe, ni celebrarla. Es fundamentalmente entrar en comunión y dar una respuesta vital.

La fe es encuentro y acogida, descubrimiento y comunión. Dios desvela su misterio, su secreto, pero inseparablemente de la cita que hace, en Jesús, de la invitación a vivir una Alianza con El. Dios se revela e invita a encontrarle.

La fe tiene un contenido, pero supone una actitud que compromete todo el ser del hombre. Ella es compromiso vital que engendra vida y que hace vivir. Por eso la fe revela, pero también invita, fecunda y transforma.

La adquisición del conocimiento religioso no garantiza el conocimiento de la fe, si no se integra en el proceso de maduración de auténticas actitudes de fe, en el seguimiento de Cristo y con un bagaje cognoscitivo, afectivo y activo.

Estos aspectos de la fe, liberarán a todo educador de reducir la fe a la observancia no interiorizada, de ciertas normas morales.

El seguimiento de Cristo como actitud fundamental de la fe

La fe tiene que ser presentada principal y fundamentalmente como seguimiento personal e incondicional a Jesucristo, punto de referencia para la propia vida, como nos recuerda CT en el número 20.

Se hace pues, necesaria una amplia presentación de la persona de Jesús: es decir, cómo él vio la historia, cómo juzgó la vida, qué opciones hizo, qué esperanzas y pretensiones le empujaron a vivir como vivió.

La actitud de fe es una llamada del «no ser», al «ser». Es la llamada de un Dios personal, libre, que invita a una vida de comunión y amistad, a una tarea de colaboración y corresponsabilidad y conforme al talante y al estilo de Jesús de Nazaret.

La traducción de la fe en la vida exige eminentemente educar en el pensamiento de Jesús. Esta es la gran tarea de la Iglesia a lo largo del tiempo: ver la historia como El la vio, juzgar la vida, acoger y amar, esperar y vivir según él nos lo manifestó. Es así como la comunidad creyente nutre y guía la mentalidad de la fe.

Presupuestos del seguimiento de Jesús. Fe como encuentro e interpelación

Porque ella es fundamentalmente *acontecimiento* ante el cual el hombre se siente interpelado y no puede permanecer pasivo.

A medida que escucha, que busca, todo hombre se ve en la situación de tomar posiciones, pronunciarse, definirse. Y esto porque tiene ante sí un proyecto de vida que le va a comprometer por entero.

La fe necesita ser presentada como oferta, como plan interpretativo de la vida y de la historia y no como adhesión intelectual u obediencia moral.

Presentar este don de Dios, que es la fe, dentro de estas coordenadas, es ir haciendo una fe adulta, madura y consciente. Fe que se convertirá en la «actitud de vida» que todo creyente debe cultivar a lo largo de su historia.

Esperanza como dimensión esencial de la fe

Rasgo fundamental de la comunidad creyente y que va a exigir un determinado tipo de educación en el alumno:

- Educar a la confianza inquebrantable en todo aquello que Dios ha hecho y ha dicho. A sus promesas, a su acción liberadora a lo largo de la historia.
- Educar a la fortaleza frente a todas las adversidades que se presentan.
- Educar a la apertura hacia Dios que estimula la audacia del hombre, pero que por otro lado hace renunciar a cualquier forma de autosuficiencia.

Educar en la Esperanza significa ir abriendo un sano optimismo, que tiene como base la propia historia del Pueblo de Israel, la andadura entre luces y sombras de la Iglesia, y la presentación del compromiso por un mundo más humano y más cercano al proyecto de Dios, que no permite encerrarse en resignaciones paralizantes.

Amor como forma más genuina y comprensible de traducir la fe

Porque el seguimiento de Cristo exige una fe empapada por el amor, es mandamiento nuevo de Jesús (Jn 13, 34-35); «la plenitud de la ley» (Rom 13, 8-10); garantía que convalida toda la fe de que venimos hablando (Gál 5, 6; Ef 4, 15).

La clave de nuestra fe es indiscutiblemente el amor de Dios que se realiza en el amor que manifestamos a los demás. Aquí comprendemos toda la riqueza y toda la importancia de las actitudes de fe, concretadas y hechas visibles a través de:

- la capacidad de descubrir a Cristo en el rostro de los más pobres e insignificantes;
- la solidaridad y el empeño por servir a aquellos que más lo necesitan;
- la renuncia a toda forma de egoísmo y opresión;
- la opción por la actitud evangélica de aprender a compartir.

Interiorizar estas actitudes vividas a lo largo de la historia por la comunidad eclesial; hacerlas crecer en los creyentes, es la meta de la fe cristiana.

CONCLUSION

La Iglesia es el espacio de la fe anunciada, celebrada y vivida.

En los espacios comunitarios se descubre, se acoge y se vive la fe. «Comprobad si estáis en la fe» (1 Cor 13, 5).

La comunidad eclesial es la mediación del Mensaje Cristiano. De ella se recibe la fe, en sus espacios se celebra y se vive. No se puede rechazar o estar al margen, porque la fe necesariamente se expresa, se dice y proclama en el trampolín de la Iglesia.

En el corazón mismo del Pueblo de Dios es donde encontraremos la forma más fresca y dinámica de la Revelación, don de Dios a su pueblo, su orgullo y su reto.

Por eso, estos temas ofrecidos por las Bases de Programación, exigen una comprensión profunda sobre el sentido del Pueblo de Dios, el verdadero «espacio» de la fe. Siempre alertas para no «encerrar» la fe en ninguna caja fuerte, como si ella fuese un conjunto de «Joyas doctrinales».

La vitalidad del pueblo, la densidad de su vida de comunión, son las que realmente aseguran la autenticidad de la fe.

Por eso, nuestros jóvenes, sólo podrán descubrir la fe en un contexto comunitario. Seguramente no será la única mediación, pero sí indispensable.

La fe no puede ser verdadera y sólida, no puede progresar, sin un estudio serio que asegure la calidad de la misma, la hondura y profundidad del saber religioso. No hay fe sin saber, sin conocimiento.

Pero la fe es también contemplación. La inteligencia va a jugar su papel en el conocimiento racional de las ideas, hechos y palabras del saber doctrinal. Pero van a hacer falta otros ojos para descubrir y reconocer a Dios.

La fe tiene que ser contemplada, meditada, participada y anunciada.

Necesita de «signos»: «En esto conocerán que sois mis discípulos» (1 Jn 3, 18). Y el signo del amor no es sólo signo de credibilidad sino de transmisión. En el amor de la comunidad, se revela el Mensaje de la fe, porque «Dios es amor, y donde hay amor, allí está Dios».

La fe necesita ser expresada, porque la simple formulación no le basta. En muchos casos, la celebración bien hecha, es la que decide la fe. Por eso la liturgia es el espacio reunido y orante de la fe: el acontecimiento bíblico proclamado, la Tradición viva presencializada en la Asamblea, la garantía eclesial actualizada.

Esta reflexión pretende un tratamiento no solamente deductivo y racional de los temas que nos lleve al conocimiento de lo que Dios ha hablado a través de pruebas afirmadas y formuladas, sino más bien busca una profundización inductiva e intuitiva, donde Dios ha hablado y ha dejado «señales».

En actitud de búsqueda, atentos a estos «signos» reveladores de Dios, podremos llegar a encontrarlo.